

# Jóvenes en análisis

Jorge Palant

*En los años que precedieron a la guerra, cuando una clientela oriunda de muchos países extranjeros me independizó del favor o desfavor que se me dispensaba en mi propia ciudad, me impuse la regla de no tomar en tratamiento a enfermos que no fueran sui juris, vale decir, independientes de otros en los asuntos esenciales de la vida.*

S. Freud\*

Hace algunos años fui consultado por un matrimonio que no había tenido hijos, y circulaba cierta mitología a propósito de los motivos.

Pasados los cuarenta, decidieron una adopción. La consulta tuvo lugar cuando esa hija tenía pocos años más que veinte.

Se trataba de "una vida desordenada", si bien la muchacha seguía con regularidad e interés una carrera universitaria, la misma que sus padres ejercían.

"Vida desordenada" era la expresión que abarcaba los matices del alejamiento entre ella y los padres: relaciones sufrientes con hombres, tendencia a la depresión, con largos encierros en su habitación contrastando con salidas parecidas a una fuga, eran la materia sobre la que parecía apoyarse una cuestión fundamental: a todas las preguntas concernientes al origen ellos habían mentido. La madre la había tenido, etc.

Enunciaban este punto dándole un estatuto que inmediatamente negaban, ya que "no se trataba de eso". El acuerdo que tenían alrededor de esto parecía irreductible.

Después de un intento de diferenciar a partir de mis respuestas un tratamiento con un psiquiatra, un psicoanalista o un psicólogo, deslizaron amablemente y sin ambigüedad las condiciones que deberían reunirse para que aquel tuviera lugar: la persona que se hiciera cargo del mismo

*Este material se utiliza exclusivamente para fines didácticos del Curso Preparatorio para el Examen de Residencias de Psicología 2016 de SRM Cursos®*

tenía que conseguir que "ella volviera al corazón de sus padres, no era necesario que se tocaran todos los temas, alcanzaba con que el clima entre ellos mejorara...". Un pedido lógico de padres amantes y temerosos que argumentaban, sin explicitar, el haberlo dado todo, argumento que los autorizaba a pedir y esperar el encuentro con el producto de una suposición sostenida en el mérito.

Lugar incómodo para un psicoanalista, ese cruce de sufrimientos, esa apelación en nombre de un amor que se endurece al grado de desconocer la manera en la que se objeta a sí mismo al acercarse a esa zona en la que la mentira de un lado y el *acting* del otro se ofrecen a una causalidad que alcanzaría para abrir el portón de los deseos, si alguien más que un analista estuviera dispuesto a soportarlos.

Intenté abrir un poco la condición de lo manifiesto de la demanda, cosa que fue suficiente para generar un ligero malestar, el necesario como para que me alcanzara en el punto en el que mi subjetividad hubiera preferido no estar ahí: si tocar la condición era cuestionar el amor, ¿quién se otorgaría el derecho de semejante movimiento? Reconducir el amor de la joven hacia sus padres, esa era la demanda, anudada al reproche que rezumaba melancolía en las palabras de la madre aludiendo a lo real del corazón del padre (*by-passes* realizados, "¿Cuánto sufrimiento más podría soportar ese corazón...?").

## II

Tanto Dora como la joven homosexual eran adolescentes. En ambas la demanda parental (y la presencia parental) tuvieron un lugar central (con sus diferencias) en el desarrollo de los análisis. No para que los análisis fracasaran, sino para que lo hicieran *de una determinada manera*. Intentaremos dar cuenta del subrayado.

Cuando Freud concluye, en relación a Dora: "Pero yo me había propuesto desde hacía mucho suspender mi juicio acerca de las circunstancias reales hasta escuchar también a la otra parte", tal vez no supiera que iría a capturarse en la trama inconsciente que articulara sueños y síntomas en la histeria de tal manera que dejara suspendido su juicio acerca de las "circunstancias reales" aun después de haber escuchado a la otra parte: las "circunstancias reales" carecieron de importancia en comparación con el valor que el caso demostró tener en el interior de la doctrina. Esta afirmación no impide volver sobre aquellas.

Tales circunstancias fueron las que intentaron hacer de Dora una

histérica, en tanto simuladora, mentirosa y comprometida de manera suspicaz en la intimidad del padre. Si Dora era una histérica, ¿qué mejor que llevarla a Freud? Pero entonces se superponen *dos* histerias: la de las "circunstancias reales" y la de la cura (fallida) con Freud. ¿O acaso eran una sola, tomada en dos discursos? El análisis de niños enseña a diferenciar el niño en tanto significativo u objeto en el discurso parental y el niño desplegando sus fantasmas en el juego. El devenir del corte que produce un analista entre estas dos zonas "con sólo cerrar la puerta del consultorio y dejar afuera a la madre" no es exterior al análisis. Todo lo contrario: es el movimiento que pone en juego el paréntesis que el análisis puede ponerle al saber del Otro sobre el niño. Si con los adolescentes enfrentamos situaciones análogas, diferenciar las demandas permitiría decantar una transferencia fuera de toda alianza o complicidad con alguna de las partes.

Volvamos a Dora. ¿Cuál era la histeria que motivaba la consulta? Ciertamente que atravesaba los síntomas, su apatía, su carta anunciadora de "suicidio", su desvanecimiento. Pero eran síntomas que quedaban enmarcados de una manera particular en las intenciones de quienes formaban su entorno. Cuando Dora se queja ante su madre para que esta haga llegar la queja a su padre, a propósito de la oferta amorosa que el señor K le hace a orillas del lago, el señor K responde a la interpelación del padre y el tío de Dora arguyendo que Dora mostraba excesivo interés por cosas sexuales, y que si había leído la *Fisiología del amor*, de Mantegazza, bien pudo haber quedado capturada en su lectura de manera tal que imaginara escenas que no habían ocurrido.

Es decir, el señor K responde que él no habría participado en la escena, y que todo corría por cuenta de la imaginación exacerbada de Dora. O sea, de su histeria.

Cuando el padre de Dora dice a Freud: "Yo no dudo que ese suceso tiene la culpa de la desazón de Dora, de su irritabilidad y de sus ideas suicidas"<sup>2</sup>, no especifica de qué lado del suceso se coloca él: ¿le cree a Dora o al señor K? El no es Freud, para dejar el juicio en suspenso. Es el padre, aunque lo más probable es que le haya creído a Dora aparentando creerle al señor K para enfatizar la histeria de su hija ante Freud.

"Me pide que rompa relaciones con el señor K, y en particular con la señora K, a quien antes directamente veneraba", continúa el padre. "¿Qué le pasa a Dora que me pide eso?", parece decir, en un movimiento

<sup>2</sup> Porge, E.: "La transferencia a la castración", en *Litoral*, La transferencia.  
<sup>3</sup> Todas las citas del caso Dora están tomadas de la versión de Amorrotu.

discursivo en el que coloca la histeria de la hija amenazando su bienestar.

"Pero yo no puedo hacerlo", continúa, "pues en primer lugar considero que el relato de Dora sobre el inmoral atrevimiento del hombre es una fantasía que a ella se le ha puesto...". Si se trata de cortar con la señora K, el padre de Dora está decidido: el señor K tiene razón, es la fantasía. Luego continúa: "...y en segundo lugar, me liga a la señora K una sincera amistad y no quiero causarle ese pesar". A la pregunta supuesta: "¿Qué le pasa a Dora que me pide eso?", podríamos agregar ahora: "Nada menos que eso...".

Pero el énfasis del padre se desplaza hacia el pesar que causaría a la señora K, con lo cual, diciendo algo de verdad, miente en lo que se refiere a la "sincera amistad" en la que intenta afirmarse. Con lo cual, la histeria de Dora concerniente a las "circunstancias reales" tiene por finalidad ocultar la mentira del padre, que busca en la justificación piadosa de su conducta el ocultamiento de las condiciones de su goce.

"La pobre señora es muy desdichada con su marido, de quien por lo demás no tengo muy buena opinión... ella misma ha sufrido mucho de los nervios y tiene en mí su único apoyo. Dado mi estado de salud, no me hace falta asegurarle que tras esta relación no se esconde nada ilícito." La enfermedad parece ser un buen refugio para evitar sospechas, ya que "somos dos pobres seres que nos consolamos el uno al otro, como podemos, en una amistosa simpatía".

La coma después de "como podemos" hace que "en una amistosa simpatía" rompa la manera ambigua del consuelo y lo precipite en el sentido de esa frase. Lo mismo hubiera sucedido si la puntuación hubiera sido de dos puntos: "como podemos: en una amistosa simpatía". En realidad, es el "como podemos" el que hace que el párrafo se abra como hacia una justificación poco verosímil. Ya que la expresión "somos dos pobres seres que nos consolamos el uno al otro en una amistosa simpatía" hubiera arrojado del texto la aclaración "como podemos", la cual, por el peso de las palabras se desliza al párrafo anterior, eliminando la doble negación "...Dado mi estado de salud, no me hace falta"; y funciona como enunciación en dicho párrafo, el que podría leerse así: "Dado mi estado de salud, nos consolamos como podemos".

A partir de los síntomas de Dora, Freud primero y Lacán después se encargaron de darle a ese "como podemos" el sustrato de una escena posible.

"Bien sabe usted que no encuentro eso en mi propia mujer", continúa el padre. "Pero Dora, que tiene mi obstinación, se afirma inmovible en su odio a los K. Su último ataque sobrevino en una conversación en la que

volvió a hacerme el mismo pedido. Procure ahora usted ponerla en el buen camino".<sup>3</sup>

¿Podríamos formular la demanda del padre de esta manera?: "Es una histerica, y sé a quién se lo digo: Lee sobre cosas sexuales y después imagina, una imaginación que echa sospechas infundadas sobre mi persona, y sobre otras personas cercanas. En fin, que me molesta, que me interrumpe. Haga algo por mí, doctor Freud".

Es sabido qué es lo primero que hace Freud: tras escuchar las quejas de Dora opera sobre su discurso de manera tal que tiende a quitarla del lugar de objeto en el que ella está instalada para ponerla como sujeto de un goce en posición simétrica a la del padre en el terreno de las intenciones. Llamo a eso "complicidad" con las escenas denunciadas. ¿Pero estaríamos en la trama inconsciente del relato o en la extensión de las "circunstancias reales"? ¿Era su enamoramiento del señor K, reprimido, el que la mantenía en esa posición de "cómplice" o los esfuerzos por negar a toda costa el que su padre la entregara sin más, primero al señor K, luego a Freud? ¿Y si la trama inconsciente se cerrara sobre la corriente homosexual hacia la señora K, punto en el que Freud reconoce cierta responsabilidad en la interrupción de la cura, dada su no interpretación, acaso el destino de aquella hubiera sido distinto, dadas las condiciones establecidas por el padre en su demanda y la aceptación implícita de esos términos por parte de Freud, al no expedirse, al menos frente a Dora, a propósito de los mismos?

"Tú has leído lo que dice, has visto cómo se expresa: dice que papá me «presentó a él», y que «me entregó a su tratamiento». Si habla de esa manera —no es así como se habla de ordinario— es la prueba de que él había comprendido perfectamente lo esencial. Pues bien, cuando le dije, fue hacia el principio, que se me trataba como a un objeto de trueque, como moneda de canje, que me entregaban a él, por no haber podido entregarme a cualquier otro, no dijo nada. Nada en absoluto. Si hubiera dicho firmemente, con convicción: «sí», nada más que esa palabra, no creo que sea tan difícil, yo hubiera podido esperar que fuera un aliado, tal vez cómplice. Pero vi enseguida que era un parlamentario del ejército enemigo, no peligroso, porque no tenía ninguna clase de derechos sobre mí. Yo no tenía más que estar sobre aviso. Estaba claro. Papá era quien le pagaba por ese sucio trabajo. Supongo que pagaba caro, nunca he

<sup>3</sup> El subrayado evoca el final de la demanda en el caso presentado al comienzo.

sabido cuánto. De todas formas esa historia no es asunto mío. Les venía bien a todos ellos. A mí no."<sup>4</sup>

La ficción que inventa Octave Mannoni subraya la sencillez de la respuesta que no tuvo lugar. Ese "sí" que Freud nunca pronunció, esa posición que nunca tuvo en relación a Dora. ¿Acaso si esto hubiera sucedido, el destino de la cura hubiera sido otro? Imposible saberlo. ¿Freud llevó la historia de Dora hasta sus últimas consecuencias, pasando por encima de las "circunstancias reales" y haciendo de Dora una pequeña Ifigenia? Sólo que la modernidad le quitó al personaje su completa sumisión al destino dándole a cambio deseos de venganza que Freud no vacila en titular como "manía". ¿Podríamos decir—mal dicho—que "esta implacable manía de venganza" pertenece menos a la historia que a la captura de Dora por las "circunstancias reales"?

En el epílogo del historial, Freud señala las dificultades de la cura cuando los síntomas se han puesto al servicio de intereses vitales externos. En el juego de fuerzas, Dora, más allá de su histeria, es paradigma del conflicto en el que se debate un analizante joven: soportar la "inversión dialéctica"<sup>5</sup>, es decir, el movimiento por el cual se ve llevado a ubicarse como sujeto en su discurso. *Movimiento que no es sencillo, en tanto implique la renuncia a satisfacciones que se realizan en y con los padres.* La venganza es una de ellas. Y el corte podría no producirse. Son distintas articulaciones entre demanda parental y síntomas que marcan *negativamente* la posibilidad de entrada en el dispositivo analítico. Y que conviene tener en cuenta. Por varios motivos, todos derivados de la alerta del analista a no forzar la transferencia más allá del límite impuesto por las circunstancias. Porque de no ser así, el intento de que el analizante asuma como conflicto lo que en él se diluye como satisfacción, autoriza peligrosamente al analizante al argumento del "por algo será", con lo cual la posición de víctima, aun cuando esta deba leerse como la captura del sujeto en satisfacciones que atentan contra sí, se pierde en un diagnóstico que refuerza los oscuros sentimientos de culpabilidad que suelen acompañar las distintas modalidades de satisfacción en juego<sup>6</sup>.

Dicho de otra manera, una cosa es que a la pregunta "¿Qué participación tiene usted en el desorden que denuncia?", la opacidad de los síntomas encuentre apoyo en el significante del ideal del yo<sup>7</sup> y, carente de una respuesta, el analizante emprenda el camino de una búsqueda. Otra cosa es que la pregunta una vez formulada no pueda sostenerse en tanto el análisis expone al sujeto a la pérdida de satisfacciones que le son manifiestamente necesarias, a cambio de una oscura recompensa largamente mediatizada por lo arduo del trabajo analítico.

El caso de la "joven homosexual" presenta diferencias con Dora que no impiden su inclusión en la óptica que nos sirve de recorte. Freud parece incluir, en distintos lugares de su texto<sup>8</sup>, algunas salvedades que, respecto de las condiciones de un análisis, señaló, como vimos, en el epílogo de Dora; con las que nos encontramos casi al pasar en la conferencia 28, que sirvió de epígrafe a nuestro texto y que en el caso en cuestión toman prácticamente el lugar de una advertencia.

"El médico que debía tomar sobre sí el tratamiento analítico de la muchacha tenía varias razones para sentirse desasosegado. No estaba frente a la situación que el análisis demanda, y la única en la que puede demostrar su eficacia. Esta situación, como es sabido, en la plenitud de sus notas ideales, presenta el siguiente aspecto: alguien, en lo demás dueño de sí mismo, sufre de un conflicto interior al que por sí solo no puede poner fin; acude entonces al analista, le formula su queja y le solicita su auxilio... Las situaciones que se apartan de estas son más o menos desfavorables para el análisis y agregan nuevas dificultades a las intrínsecas del caso."

Freud señala la venganza como obstáculo terapéutico en Dora, y también en la joven homosexual. En la primera es manifiesta; en la

de algunos sucesos. Están los recuerdos (encubridores), las fantasías, y los hechos. En un análisis, el sujeto puede encontrar recursos como para enfrentarlos, desprendiéndose de la posición pasiva de objeto. No todo entra en el olvido, ni necesariamente toda afrenta debe ser perdonada. Que el sujeto a la salida de un análisis cuente su historia de otra manera, no implica que sus recuerdos hayan sido todos encubridores. Depurar ciertos acontecimientos del goce, la fijación y la queja que incluyen es también otra manera de contar la historia.

La niñez, la adolescencia o la psicosis permiten cierto acceso, digamos directo al poder del Otro sobre el sujeto, y sus consecuencias. Que un análisis enfrente al sujeto con el *Che vuoi?* del Otro, implica cierto grado de distancia y de opacidad que favorece su despliegue. Pero no siempre es así, y tomaren análisis niños o adolescentes implica el riesgo de privarlos de los síntomas con los que consiguen molestar a quienes los gozan de diversas maneras.

Significante que contribuye a instalar el SsS y por lo tanto la transferencia.

Freud, S.: "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", Ed. Amorrotu, T. XVIII, p. 143.

Mannoni, O.: "Vienesa", en *Ficciones freudianas*, Madrid, Editorial Fundamentos, p. 15.

Lacan, J.: "Intervención sobre la transferencia", en *Lectura estructuralista de Freud*, México, Siglo XXI Editores, 1971, p. 37.

El análisis de niños, adolescentes y psicóticos permite alguna reintroducción del concepto de víctima en psicoanálisis sin que sea necesario hacer todo el recorrido de Ferenczi, pasar por el "terrorismo del sufrimiento" y desembocar en la teoría del trauma como real.

Sucede que la palabra "víctima" evoca una suerte de complacencia gozosa que el analista debería desarticlar. Pero una cosa es desbaratar una complacencia, y otra cuestionar ciertos hechos en la vida del sujeto. Una cosa es trabajar sobre el goce, y otra sobre la supuesta imposible veracidad

segunda, inconsciente. En ambas, el objeto es el padre. En Dora, por la entrega a la que se ve sometida; en la joven homosexual, por la desilusión edípica. En ambas es la figura del amor del Otro la que se constituye como cuestionada, lo suficiente como para que la transferencia se resienta en su constitución por la pregnancia de la venganza que arrastra el análisis.

Vengándose, Dora se rescata dignamente como sujeto<sup>9</sup>. Paga muy caro esa dignidad, pero no le queda otra salida.

Vengándose, la joven homosexual transforma en satisfacción la herida abierta por el padre.

Desconfianza e ironía en Dora, índice de su transferencia negativa. Indiferencia disfrazada en la joven homosexual, índice de un esfuerzo que no ocultaba cierto sarcasmo.

Dejando de lado los análisis didácticos, sabemos que el dispositivo analítico se ofrece a los niños, a los adolescentes, a los psicóticos y a los neuróticos que detienen su análisis ante el alivio sintomático. Sabemos también los rasgos comunes y las diferencias que podemos encontrar en cada una de estas situaciones.

Los niños siempre, los adolescentes siempre y los psicóticos a veces, confrontan al analista con la demanda de terceros. Nuestro epígrafe da cuenta de la posición que Freud tomó al respecto<sup>10</sup>.

Los analizantes jóvenes recortan el espacio de los obstáculos que les pertenecen. El breve recorrido por los ejemplos freudianos permite delinear algunos.

La demanda parental suele articularse a algún ideal en el momento en el que su realización se ofrece como problemática. La joven homosexual ofrece el ejemplo más claro en este punto, aquel en el que el ideal se ve cuestionado en la elección sexual. La angustia parental puede encontrar resonancia en alguna culpa de índole social en los jóvenes, pero la satisfacción de estos, al no tropezar con el ideal propio sino con el de los padres, recorre sin tropiezos sintomáticos el abanico de goce que los captura, desde la indiferencia existencial hasta las distintas máscaras que la muerte les ofrece.

Puede ser que haya síntomas, como en el caso de Dora, pero entonces la modalidad de la demanda parental (como en el caso reseñado al comienzo) hace cuerpo con la dificultad propia del joven, en el sentido de que sus síntomas, al ser un gran peso para los padres, quedan más articulados a la demanda de aquellos que al sentido con el que puedan catectizar una transferencia posible.

Pero en tanto "haya analista para responder a la urgencia subjetiva"<sup>11</sup>, algunos encuentros tienen lugar, y eso también es sabido.

Con el riesgo del esquema, nos atrevemos a diferenciar tiempos en esos encuentros.

En primer lugar, la puesta entre paréntesis de lo manifiesto de la demanda parental. Si este movimiento es conseguido, el analizante tendrá que enfrentarse con lo que él quiere para sí, planteado esto en términos de ideal del yo. Momento de alivio que suele interrumpir el encuentro, dado que el ideal así constituido está impregnado de una fuerte carga imaginaria, recomponiendo el narcisismo y dándole al yo un proyecto recortable como propio.

En caso de que no haya tal interrupción, la transferencia se ofrece para recibir alguna inquietud fantasmática más cerca de la confesión que de una producción puesta a trabajar: la breve puesta en escena de una intimidad cuya función puede agotarse entre el alivio y la incertidumbre capaz de despertar. Incertidumbre que abre el camino a otra lectura, por parte del analizante, del silencio del analista, y que pone de manifiesto la dimensión simbólica de la transferencia. Un tercer tiempo (de haberlo) implica cierta paradoja, ya que podríamos llamarlo de neurotización del sujeto en la transferencia. Es el tiempo en el que el sujeto analítico encuentra primacía en la escena, y el sonsonete de la demanda parental cede al *Che vuoi?* que la transferencia organiza.

De cualquier manera, la presencia real de los padres, o sus equivalentes (el dinero de las sesiones) velan el *sui juris* del epígrafe.

Cada uno de los tiempos sugeridos tiene su propio obstáculo. Sorteable o no. Como siempre.

Lacan, J.: *El reverso del psicoanálisis*, Ed. Paidós, p. 102.

<sup>10</sup> Los niños, los adolescentes y los psicóticos suelen despertar en los analistas la idea de alguna profilaxis. Quizá sea la necesidad de deslizar lo insoportable de una práctica hacia un terreno de manifiesta utilidad. La inserción social del analista suele plantearse en esos términos. La inserción de aquel en el seno de su propia comunidad, plantea, ofrece y exige cuestiones de brillo y reconocimiento.

<sup>11</sup> Lacan, J.: "Del sujeto por fin cuestionado", en *Lectura estructuralista de Freud*, México, Siglo XXI editores, 1971, p. 58.

SRM Cursos®